

CONCILIO ECUMENICO VATICANO II

¿MISION CUMPLIDA?

guión

Ha concluido el Concilio Vaticano II. Ante una gran multitud, congregada en la Plaza de San Pedro, en una ceremonia seguida por millones de espectadores a través de las cámaras de televisión, el Papa Pablo VI ha declarado solemnemente clausurado el Concilio que comenzó su antecesor Juan XXIII.

Una vez que todo ha terminado, podemos o, mejor, debemos preguntarnos: ¿Ha cumplido el Concilio su misión? Y, en primer lugar, ¿cuál era la misión del Concilio?

El Papa Juan era un hombre sencillo de corazón grande. Una mañana de Enero, a los tres meses de ser elegido, tuvo una corazonada: “¿Por qué no convocar un Concilio, que sirviera para fomentar la unión entre los cristianos?” Y en su simplicidad de hombre bueno, de hombre dócil a las inspiraciones de Dios, como lo pensó lo dijo. Y sus palabras se hicieron rápidamente noticia que recorrió en pocas horas el mundo entero. Muchos, al oirlas, se sonrieron: “¡Un Concilio! ¡En nuestros días! Qué cosas tiene el Papa Juan...”

PROYECCION

Pero la palabra, una vez pronunciada, no pudo ser recogida. Y la idea fue tomando cuerpo y las perspectivas se fueron abriendo.

Sí. Un Concilio que reuniera en Roma a los obispos de todo el mundo, para dialogar como hermanos sobre los problemas comunes, que hoy tiene panteados la Iglesia, aportando cada uno su experiencia personal, que sin duda había de enriquecer los puntos de vista tradicionales de Roma.

El Papa nombró responsables de la organización. Cartas de consulta y respuestas a las mismas fueron y vinieron de todos los rincones de la tierra. Comisiones de expertos seleccionaron los temas y elaboraron los esquemas que habían de ser propuestos a los Padres Conciliares. En un tiempo record todo estuvo dispuesto y la mañana del 11 de Octubre de 1962, en la Basílica de San Pedro, Su Santidad el Papa Juan XXIII, rodeado de más de 2.000 obispos representantes en su variedad de una Iglesia verdaderamente católica, declaraba solemnemente inauguradas las sesiones de estudio del vigésimo primero Concilio ecuménico.

Resulta emocionante releer, ahora que todo ha terminado, las crónicas de los primeros días conciliares. Comparar las expectativas de entonces con las realidades de hoy.

Aunque al anunciar el Concilio Juan XXIII hubo un momento de entusiasmo delirante en algunos sectores, al comenzar los trabajos y a pesar de la presencia de numerosos observadores no católicos, ya nadie pensaba en una reunión fulgurante con los cristianos separados. Se hablaba de acercamiento y comprensión, pero con cierto temor al fracaso. En este punto, a lo largo de tres años, las realizaciones, sin ser espectaculares, han superado las esperanzas. En primer lugar, se ha logrado un clima de oración común de todas las comunidades cristianas, invocando al Cristo único para que envíe su Espíritu a fructificar en el Concilio. Y ha fructificado ciertamente en los documentos conciliares, en la mutua comprensión de los problemas y aceptación de los valores recíprocos, en el acercamiento y perdón de los hermanos tantos siglos separados, resumidos simbólicamente en el abrazo de S. S. Pablo VI y el Patriarca Atenágoras en Jerusalén y en el levantamiento mutuo de excomuniones del pasado día 7 de Diciembre.

Junto al problema de la unificación, que había pasado a ocupar un lugar secundario, las crónicas nos hablaban de otras expectativas y temores. Una importante personalidad conciliar había dicho en público que "el Concilio estaba hecho ya" por las Comisiones preparatorias. Y muchos cristianos temblaban pensando que esto pudiera ser cierto. Porque la Iglesia, a juicio de ellos, necesitaba enriquecerse, rejuvenecerse, con las aportaciones de obispos

procedentes de países nuevos, alejados de la vieja Roma, en contacto con la vida real de la comunidad cristiana; y las comisiones preparatorias estaban formadas en su mayoría por hombres anclados en la capital del mundo católico, hombres de oración y estudio, sí, pero demasiado retirados del mundo de hoy para poder comprenderlo.

El discurso inaugural del Papa alentó las esperanzas de muchos: quería un Concilio pastoral que "presente el depósito sagrado de la doctrina cristiana en forma cada vez más eficaz", "en conformidad con los métodos de la investigación y con la expresión literaria que exigen los métodos actuales". Claramente se ven en el discurso pontificio los dos matices que harán triunfar al Concilio: fidelidad al pasado y fidelidad al presente. Fidelidad al núcleo de doctrina revelada y recibida y fidelidad a las formas de expresión y actualidad que hacen eficaz su transmisión a los hombres de hoy.

Las primeras jornadas del Concilio fueron lentas y un poco borrascosas. Las comisiones preparatorias representaban primordialmente la fidelidad al pasado, sin distinción clara entre lo eterno y lo temporal. Los obispos que acudían de todo el mundo a la llamada del Papa representaban la fidelidad al presente. Tras un momento de tensión y lucha entre las dos tendencias, bajo la sabia dirección del Papa Juan y luego de Pablo VI, brotó el diálogo fecundo que tantas perspectivas abre a la Iglesia del futuro.

Los frutos esperados del Concilio se han recogido materialmente en 16 documentos que traducen en palabras de hoy el eterno mensaje de Dios a los hombres. Pero estos documentos, con ser tan ricos en contenido doctrinal, son de un interés secundario al lado del primero y gran fruto del Concilio: haber logrado que el episcopado católico y con él todos los fieles cristianos hayamos cobrado conciencia de que hemos de ser tan fieles al pasado como al presente. El mensaje de Dios es eterno, pero el hombre es temporal. La predicación de la "Palabra" ha de ser hecha con "palabras" y "formas de vida" inteligibles al hombre de hoy.

Concilio: ¿misión cumplida? Sí, el Concilio ha cumplido su misión: ha cambiado una mentalidad y ha señalado un camino.

Ahora somos nosotros los responsables del futuro. Con prudencia, pero sin miedo, hemos de recorrer el camino señalado. Existe un desfase temporal entre lo que la Iglesia es y lo que debería ser. Pidámosle a Dios gracia para que sepamos llenar ese vacío, fieles siempre a la Verdad recibida y fieles al momento histórico en que nos ha tocado vivirla.